

EL ANTIFASCISMO EN LA CULTURA POLITICA COMUNISTA *

Bruno Groppo **

Resumen

Si bien el fascismo y el antifascismo pertenecen a un período determinado de la historia europea, se han convertido en dos categorías políticas generales, y se las tiende a utilizar frecuentemente fuera de contexto. El antifascismo ha ocupado un lugar importante en la historia del movimiento comunista y en la cultura política comunista, de la que ha sido uno de sus principales componentes. El antifascismo ha sido, más que un movimiento político estructurado, una sensibilidad política compartida por todos aquellos que estuvieron preocupados por el ascenso del nazismo al poder y de otros movimientos fascistas.

Palabras clave: Antifascismo - fascismo - democracia - cultura política comunista

Abstract

Although fascism and antifascism belong to a determined period of European history, both have become general political categories, frequently used outside his proper context. The antifascism has occupied an important place in the history of the communist movement and in the communist political culture, being one of his main components. The antifascism has been, more than a structured political movement, a political sensitivity shared by everyone who were worried about the ascent to the power of nazism and other fascist movements.

Keywords: Antifascism - fascism - democracy - communist political culture

* En este texto retomo ciertas líneas que desarrollé en un artículo reciente. Cf. B. Groppo, «Fascismes, antifascismes et communismes», en M. Dreyfus, B. Groppo, C. Ingerflom, R. Lew, C. Pennefier, B. Pudal, S. Wolikow (ed.), *Le siècle des communismes*, Paris, Les Éditions de l'Atelier, 2000, pp. 499-511.

** CNRS, Centre d'Histoire Sociale du XX^e Siècle, Université de Paris I. Dirección postal: Panthéon-Sorbonne 12, place du Panthéon 75231 Paris, Francia. Correo-e: groppo@asterix.univ-paris1.fr.

El antifascismo ha ocupado un lugar importante en la historia del movimiento comunista y en la cultura política comunista,¹ en la que ha sido uno de sus principales componentes. Su importancia ha sido reconocida, entre otros, por François Furet.² Su interpretación nos proporcionará un provechoso punto de partida para abordar el problema. Las preguntas a las que deseamos dar respuesta son esencialmente las siguientes: ¿el antifascismo, ha sido simplemente un producto del movimiento comunista o un fenómeno político autónomo?; ¿cuál ha sido su significado en la cultura política comunista en diferentes períodos?; ¿qué relación hay entre antifascismo y democracia?

Los conceptos que será necesario utilizar son problemáticos, por empezar el propio concepto de antifascismo, tan difícil de definir como el de fascismo, sobre el cual los historiadores aún no se ponen de acuerdo. Se sabe que algunos de ellos, como Karl Dietrich Bracher o Renzo De Felice, han llegado hasta a negar la validez científica del concepto general de fascismo y que prefieren reservar este término solamente al fascismo italiano. Si se los sigue considerando, será necesario también concluir que el único antifascismo que existió realmente ha sido el antifascismo italiano, lo cual sería una visión demasiado simplista. Partimos de la idea de que el fascismo ha sido, entre las dos guerras mundiales, un fenómeno no sólo italiano sino también europeo, y que el nazismo, a pesar de las diferencias que lo separan del modelo italiano, forma parte de la familia política de los fascismos, representando su variante más radical. De manera análoga, el antifascismo, que al comienzo fue una realidad principalmente italiana, después se convirtió también en un fenómeno internacional, a partir de los años '30. Hay tantos antifascismos como fascismos. Si se habla en singular, es para poner en evidencia lo que ellos tienen de común. El antifascismo, más que un movimiento político estructurado, ha sido una sensibilidad política compartida por todos aquellos que estuvieron preocupados por el ascenso al poder del nazismo y de otros movimientos fascistas y que querían oponérsele. Para aquellos que se reconocen en esta perspectiva, el enemigo principal era el fascismo alemán, punta de lanza del fascismo internacional. A partir de 1933, y hasta la derrota militar de la Alemania nazi y de sus aliados en 1945, el enfrentamiento entre fascismo y antifascismo ha sido un aspecto central de la política europea.

El antifascismo anterior a 1945 debe ser diferenciado de aquél que apareció después de la finalización de la segunda guerra mundial, y que no ha sido confrontado con otros fascismos existentes.³ Si bien fascismo y antifascismo pertenecen a un período determinado de la historia europea, se han convertido en dos categorías políticas generales, y se las tiende a utilizar frecuentemente fuera de contexto. Más adelante citaré algunas tentativas de definición de antifascismo que han propuesto diversos autores, pero lo que interesa señalar aquí es que en adelante este fenómeno político complejo no será reducido de manera simplista ni a una ideología ni a una estrategia.

¹ Entiendo por cultura política «el conjunto de actitudes, normas, y creencias más o menos largamente compartidas por los miembros de una unidad social dada y que tienen por objeto los fenómenos políticos», G. Sani. «Cultura política», en N. Bobbio, N. Matteucci, G. Pasquino (dir.), *Dizionario di politica*, Milán, TEA, 1990, p. 275.

² Cf. F. Furet. *Le passé d'une illusion. Essai sur l'idée communiste au XX^e siècle*. París, Robert Laffont/Calmann-Lévy, 1995, en particular Caps. 7: «Communisme et antifascisme» y 8: «La culture antifasciste».

³ El franquismo y el salazarismo son considerados más como regímenes autoritarios tradicionales que como regímenes fascistas.

La cultura política comunista a la que se hará referencia aquí es la del movimiento comunista oficial, con exclusión de otras culturas políticas igualmente comunistas pero minoritarias y “heréticas” en relación a la corriente dominante, como la del trotskismo.⁴ Esta cultura comunista oficial, marcada a sello por el stalinismo, evolucionó mucho a lo largo del tiempo, sufriendo la influencia del contexto nacional, diferente de un país a otro. Su período de más grande homogeneidad coincidió con el apogeo del stalinismo, desde fines de los años '20 hasta la muerte del dictador soviético: en el curso de este período el movimiento comunista se hundió cada vez más en el molde stalinista. Pero después de la segunda guerra mundial se observa el comienzo de un proceso de diferenciación que se acentúa después de 1953 y sobre todo después de 1956. De esta manera, la trayectoria de la cultura política comunista, como la del comunismo en general, va de una gran diversidad inicial, cuando el comunismo naciente quede aún muy marcado por las tradiciones del movimiento obrero de cada país, hacia una homogeneización creciente bajo el signo del stalinismo, para desembocar de nuevo en una gran diversidad. Esta evolución alrededor de un nudo central (la referencia a la Unión Soviética y al leninismo) ha dado lugar, como en los fenómenos geológicos, a una superposición de estratos diferentes (la cultura específica de cada generación de militantes), en el que la exploración releva una suerte de arqueología política e intelectual.

La revisión de la historia del siglo XX y el lugar del antifascismo

La interpretación del antifascismo propuesta por Furet es interesante e insatisfactoria a la vez. Más allá de su interés intrínseco, merece atención porque es representativa de una importante corriente historiográfica que propone una relectura global de la historia del siglo XX y que tiende a presentar el proceso del antifascismo y del comunismo al mismo tiempo.⁵ La idea general es que el antifascismo ha sido esencialmente un arma de guerra del comunismo, el mal por autonomasia del siglo, y que, detrás de las apariencias engañosas, ha representado más que nada una amenaza para la democracia liberal. Pero no habría sido democrática más que en apariencia, pues habría servido en realidad para desviar la mirada de la opinión pública sobre los crímenes cometidos en la URSS y de la sangrienta dictadura stalinista para concentrarla exclusivamente sobre el nazismo, dando así un nuevo soplo a la “ilusión” comunista, en el fondo antidemocrática. Para conocer la verdadera naturaleza —que esta corriente historiográfica tiende a concebir como inmutable— del comunismo, es necesario rasgar el velo del antifascismo, para dar lugar a la comprensión del fenómeno comunista. Se pueden citar numerosos ejemplos sobre esta interpretación, ya sea en Italia, Alemania o Francia.⁶ Así, el antifascismo es presen-

⁴ Estas culturas políticas «heréticas» merecerían una atención particular, no tanto en razón de los análisis originales del fascismo (A. Thalheimer, L. Trotsky) sino de lo que ellas han producido.

⁵ Esta corriente es calificada a veces de revisionista. En ningún caso debe ser confundida con el negacionismo.

⁶ Ver, por ejemplo, para Italia: R. De Felice, **Rosso e nero**, Milan, Baldini&Castoldi, 1995; E. Galli Della Loggia, **La morte della patria**, Rome, Laterza, 1996; E. Sogno, **Il falso storico dell'antifascismo comunista**, Bologna, 1994; para una discusión crítica de estas orientaciones, ver E. Collotti (dir.), **Fascismo e antifascismo. Rimozioni, revisioni, negazioni**, Roma-Bari, Laterza, 2000; también F. De Felice (dir.), **Antifascismi e resistenze**, Florencia, La Nuova Italia Scientifica, 1998. En Italia, se asiste desde hace varios años a una tentativa obstinada por rehabilitar al facismo o al menos ciertos aspectos del régimen

tado como “una idea totalmente negativa”,⁷ un mito totalitario elaborado contra la democracia,⁸ una leyenda o una falsificación de la historia, un obstáculo para el análisis de los regímenes comunistas,⁹ un medio utilizado por el movimiento comunista para “ocultar la realidad a los ojos de la opinión”,¹⁰ un enemigo de la democracia.¹¹ El postulado es siempre el mismo: el antifascismo es un producto del comunismo. Este último, verdadero *deus ex machina*, sería el origen tanto del fascismo (considerado como una respuesta y una reacción al bolcheviquismo) como del antifascismo. La identidad entre antifascismo y comunismo parece tan evidente a estos actores que no se han detenido a pensar sobre lo que los podría hacer dudar sobre su pertinencia, en particular sobre la existencia de otros antifascismos, de inspiración política no comunista, o, si se prefiere, de corrientes diversas a la comunista en el seno del antifascismo. Estas otras corrientes –socialista, anarquista, católica, liberal-democrática, liberal-socialista– son, o pura y simplemente ignoradas, o consideradas insignificantes. El único antifascismo que cuenta, a los ojos de estos actores, es el comunista. Otro punto que les es común, es el hecho de considerar al antifascismo como esencialmente una ideología o una estrategia, y no como un movimiento real de oposición o de resistencia. Es por ello, además, que no hacen la diferencia, en general, entre el antifascismo anterior a 1945, que se opone a los fascismos originales, y aquél posterior a la segunda guerra mundial, que es, en los países bajo la esfera de influencia soviética, antes que nada un medio de legitimar la toma y el monopolio del poder por parte de los partidos comunistas.

Esta visión del antifascismo se inscribe, como ya lo hemos señalado, en una revisión general de la historia del siglo XX que presenta al comunismo como una aventura criminal, o como un inmenso complot internacional o, en las hipótesis más benignas, como una ilusión: en todo caso como el principal responsable de las violencias y masacres que han ensangrentado el siglo y en el que el punto de partida está constituido, según esta interpretación, por la llegada de los bolcheviques al poder en 1917. La relectura de la historia no se detiene además en el siglo XX, sino que se retrotrae a toda la tradición

fascista. Para Alemania: A. Grunenberg, *Antifascismus-ein deutscher Mythos*, Reinbeck, Rowohlt, 1993; Cf. también H.-H. Knütter (dir.), *Kritik des Antifascismus*, Bonnheim, Werkstatt für Politische Und Soziale Bildung, 1990; H.-H. Knütter, « Antifascismus und politische Kultur in Deutschland nach der Wiedervereinigung », *Aus politik und Zeitgeschichte* B9/1991, pp. 83-111; Bundesministerium des Innern (Hrsg.), *Bedeutung und Funktion des Antifascismus*, Bonn, 1990. Para una visión general, me permito remitir a: B. Groppo, « Le débat autour du concept d'antifascisme dans l'Allemagne unifiée », *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, n° 37-38, janvier-juin 1995, pp. 8-12. Para Francia: F. Furet, *Le passé d'une illusion...*, *op. cit.*, Stéphane Courtois escribe a propósito del antifascismo comunista: «Le moment est venu, à travers les archives, de démythifier l'antifascisme communiste, de montrer comment ce mouvement totalitaire a manipulé des aspirations sincères à la démocratie». S. Courtois, «Archives du communisme: mort d'une mémoire, naissance d'une histoire», *Le Débat*, n° 77, novembre-décembre 1993, p. 155.

⁷ «L'idée toute négative d'antifascisme" suppléait à l'impossibilité d'avancer en positif quoi que ce soit qui puisse unir les démocraties libérales au communisme stalinien». F. Furet. *Le passé d'une illusion...*, *op. cit.*, p. 193.

⁸ A. Grunenberg, *Antifascismus...*, *op. cit.* El título mismo del libro reduce el antifascismo a «un mito alemán».

⁹ F. Furet y E. Nolte, *Fascisme et communisme*, París, Hachette, 2000, p. 37. El juicio es de François Furet.

¹⁰ *Ibid.*, p. 39. El juicio es de François Furet.

¹¹ H.-H. Knütter (dir.), *Kritik des Antifascismus*, *op. cit.*

revolucionaria que parte de 1789 y las Luces, igualmente sometida a juicio:¹² en sus formulaciones extremas, como la de Ernst Nolte,¹³ no duda en atribuir al comunismo la responsabilidad de las masacres perpetradas por el nazismo, postulando por ejemplo la existencia de un lazo de causalidad entre el Gulag soviético y el exterminio de judíos por los nazis.¹⁴

La diversidad de los antifascismos

La interpretación del antifascismo como un simple avatar del comunismo no resiste un análisis histórico detallado. Cuando uno rememora la historia del antifascismo, comenzando por la Italia de los años '20, se constata en efecto que, tanto a nivel de las ideas políticas como del movimiento histórico real, es caracterizado desde el comienzo por una gran diversidad. Es necesario recordar, por ejemplo, que en la oposición italiana al fascismo se encuentran personalidades tan diferentes como Giovanni Amendola, Piero Gobetti, Giacomo Matteotti, Benedetto Croce, Luigi Sturzo, Filippo Turati, Carlo Rosselli, Sandro Pertini, todos no comunistas? Se puede hacer la misma constatación para Alemania, Austria, España y muchos otros países. Esta diversidad, por decirlo de alguna manera, constitutiva del antifascismo, es señalada por todos los especialistas. Veamos algunos ejemplos.

El politólogo Gianfranco Pasquino escribe: «Se asigna en general a este término [antifascismo] un significado que incluye todas las tendencias ideales, los movimientos espontáneos u organizados y los regímenes políticos que ejercieron o que ejercen una oposición a tendencias y movimientos de los regímenes que pueden caracterizarse como fascistas».¹⁵ Para el historiador Franco Della Peruta, se designa por este término «el fenómeno complejo de la oposición y la resistencia al fascismo, al cual contribuyeron

¹² Ver, por ejemplo, además del libro de F. Furet, la Introducción de Stéphane Courtois, «Les crimes du communisme», *Le Livre noir du communisme*. París, Robert Laffont, 1997, en particular p. 31. Para una discusión general de esta problemática, ver D. Losurdo, *Il revisionismo storico. Problemi e miti*, Roma-Bari, Layerza, 1996.

¹³ En la abundante producción de este historiador, es necesario señalar, sobre todo, *La guerre civile européenne*. París, 2000.

¹⁴ Esta última tesis ha sido formulada por Nolte –bajo la forma de un interrogante retórico y sin aportar pruebas serias en su apoyo– en un artículo que se hizo célebre y que fue el origen de la «controversia de los historiadores» (*Historikerstreit*) en la Alemania de los años '80. Cf. E. Nolte, «Un passé qui ne veut pas passer», en *Devant l'histoire. Les documents de la controverse sur la singularité de l'extermination des Juifs par le régime nazi*, París, Cerf, 1988, pp. 29-35, en particular pp. 33-34. Ver también, del mismo autor, «Légende historique ou révisionnisme. Comment voit-on le III^e Reich en 1980?», en *Devant l'histoire.... op. cit.*, pp. 7-23. Se puede leer en particular: «Auschwitz ne résulte pas principalement de l'antisémitisme traditionnel, il ne s'agissait pas au fond d'un simple «génocide», mais bien plutôt d'une réaction, elle-même fruit de l'angoisse, suscitée par les actes d'extermination commis par la révolution russe. [...] ce qu'on appelle l'extermination des Juifs perpétrée sous le III^e Reich a été une réaction, une copie déformée, et non une première ou l'original» (p. 21). François Furet, quien ha contribuido de manera determinante a legitimar las ideas de Nolte en Francia, se desmarcó especialmente y sin ambigüedades de esta tesis sulfurosa, rechazada por todos los especialistas del nazismo y de la Shoah. Cf. F. Furet, *Le passé d'une illusion.... op. cit.*, pp. 195-196, y también F. Furet y E. Nolte, *Fascisme et communisme.... op. cit.*, pp. 42-43.

¹⁵ G. Pasquino, «Antifascismo», en N. Bobbio, N. Matteucci, G. Pasquino (dir.), *Dizionario di politica*, op. cit., p. 23.

fuerzas políticas y corrientes de opinión de inspiración variada, desde los comunistas hasta los católicos».¹⁶ El americano Charles Delzell y el alemán Hans Mommsen recuerdan que «dans son sens original, antifascisme signifie toute sorte d'opposition au mouvement fasciste amorphe, ultranationaliste et anticommuniste d'extrême-droite de Benito Mussolini, qui se développa en Italie après mars 1919 [...]. L'antifascisme inclua un large éventail d'opinions et varia d'un simple état d'esprit à un mouvement organisé pouvant logiquement inclure n'importe quel courant politique non fasciste».¹⁷ En una síntesis reciente, el historiador Nicola Tranfaglia escribe a propósito del antifascismo italiano: «Toda definición de antifascismo, en lo que concierne a Italia, debe incluir tanto las corrientes político-culturales como las personalidades que no sólo han manifestado un juicio negativo respecto del fascismo, sino que también han dirigido, por más de veinte años, y a partir de perspectivas inevitablemente diferentes, la lucha política y cultural contra el régimen instaurado por Mussolini en octubre de 1922 y gradualmente transformado en dictadura en los años siguientes [...] el antifascismo ha estado compuesto, desde un principio, por corrientes políticas y culturales diferentes (liberal-democrática, liberal-socialista, comunista, anarquista)».¹⁸ En la misma obra, Claudio Natoli, a propósito del antifascismo en Europa, menciona «la multiplicidad y diversidad de fuerzas en las que se referenciaron».¹⁹ Norberto Bobbio insiste, él también, sobre «la complejidad del antifascismo» y sobre «la diversidad de posturas en el seno del movimiento antifascista, la pluralidad de movimientos a menudo en contraste entre ellos».²⁰ Para Enzo Collotti, «como y más aún que el fascismo, el antifascismo atraviesa todas las corrientes políticas y todas las clases sociales».²¹

El antifascismo comunista, sea el de Italia o cualquier otro, no ha sido más que una corriente entre otras, no la única: componente de un fenómeno más amplio, políticamente más diversificado, ha sido más o menos importante según las épocas y los países. Que uno se interese particularmente en él es perfectamente legítimo. Que se ignore deliberadamente a todos los demás para presentarlo como el único antifascismo, introduciendo un signo de igualdad entre comunismo y antifascismo, es, al contrario, una operación esencialmente ideológica y política, y que no tiene nada que ver con un análisis histórico serio.

La oposición al fascismo ha sido el denominador común de las sensibilidades y de las corrientes más variadas, en la que cada una tenía su propio proyecto político y su propia visión de la sociedad. Cada una ha dado al antifascismo una colaboración particular y la ha llenado, en positivo, de contenidos que consideraba prioritarios. Importa seña-

¹⁶ F. Della Peruta, «Antifascismo», en *Enciclopedia europea*, Milan, Garzanti, 1976, vol. I, p. 493.

¹⁷ C. Delzell y H. Mommsen, «Antifascism», en C.-D. Kernig (ed.), *Marxism, communism and Western Society. A Comparative Encyclopedia*, Vol. 1, New York, Herder and Herder, p. 133.

¹⁸ N. Tranfaglia, «Antifascismo italiano», en *Enciclopedia della sinistra europea nel XX secolo*, dirigida por A. Agosti, Roma, Editori Riuniti, 2000, p. 369.

¹⁹ C. Natoli, «Antifascismo in Europa», en *Enciclopedia della sinistra... op. cit.*, p. 360; ver también C. Natoli, *Fascismo, democrazia, socialismo. Comunisti e socialisti tra le due guerre*, Milán, Angeli, 2000. Sobre el antifascismo en Europa, se puede consultar E. Collotti, *L'antifascismo in Italia e in Europa 1922-1939*, Turín, Loescher, 1975, (nueva ed. 1997).

²⁰ N. Bobbio, *Dal fascismo alla democrazia*, a cura di Michelangelo Bovero, Milán, Baldini & Castoldi, 1997, p. 115.

²¹ E. Collotti, *L'antifascismo in Italia e in Europa*, Turín, Loescher, 1975, p. 12.

lar que el antifascismo no fue puramente una idea negativa, una oposición a cualquier cosa, sino más bien una afirmación, en positivo, de ciertas ideas y valores considerados como esenciales. *Justicia y Libertad* se llamaba, por ejemplo, uno de los movimientos más activos del antifascismo italiano. Estas ideas y estos valores diferían de una corriente a otra, pero se reencontraban en ciertos puntos. Uno de ellos, aquel sobre el que los comunistas se agruparon a mediados de los años '30, era precisamente la defensa de la democracia. Había sin duda un grado de ambigüedad en esta palabra de orden, ya que las diversas corrientes del antifascismo tenían visiones diferentes de la democracia. Para los comunistas, en particular, la democracia no era más que una etapa en el camino que debía llevar a la sociedad comunista, pero era importante que aceptaran defenderla. Lo que es seguro, en contrapartida, es que la democracia no se encontraba al lado de los fascismos, que invocaban el mismo principio.²² La ambigüedad del antifascismo se encuentra además en los movimientos de resistencia que se desarrollaron durante la segunda guerra mundial en la Europa ocupada. Cada uno de ellos tenía una visión del futuro diferente de la de los otros, pero se reencontraban en ciertas ideas esenciales. Si sus visiones del futuro los separaban, su voluntad de luchar contra el nazismo los aproximaba. Como ha señalado Maurice Agulhon, «force reste d'admettre que nos aînés n'avaient pas tort de faire du mal hitlérien leur cible principale».²³

La historia de los movimientos de oposición a las dictaduras fascistas muestra que se podía ser perfectamente antifascista sin ser comunista. Para lo que corresponde a los comunistas, la historia de los movimientos "heréticos" como el trotskismo, el bordiguismo, la oposición alemana llamada de derecha (Brandler, Thalheimer) o el POUM español, muestra, por otra parte, que se podía ser antifascista sin ser stalinista y que la historia del comunismo no se reduce, no por lo menos enteramente, a la del stalinismo.

Los dos antifascismos del Komintern

Si se considera ahora el movimiento comunista oficial, es decir el Komintern y sus secciones, se puede retomar, a nuestro modo de ver, una distinción propuesta por Furet. A partir de un análisis centrado enteramente en la ideología, el historiador francés distingue, en el movimiento comunista, dos antifascismos. El primero, «le fascisme n'est rien de plus qu'une des versions de la dictature capitaliste bourgeoise: les seuls vrais combats antifascistes sont ceux que livrent les communistes, puisque eux seuls sont résolus à déraciner le capitalisme et le bourgeoisisme. Tout le reste n'est fait que d'apparences, destinées à tromper les masses populaires de la révolution prolétarienne. La social-démocratie est l'instrument par excellence de cette diversion, par l'influence qu'elle a sur les ouvriers; de là vient qu'elle est aussi l'adversaire par excellence, l'obstacle principal sur la route de la dictature du prolétariat».²⁴ El segundo antifascismo comunista es diferente del

²² En tanto el stalinismo se pretende, él, una forma superior de democracia, lo que puede ser considerado como una suerte de homenaje del vicio a la virtud.

²³ M. Agulhon, «Faut-il réviser l'histoire de l'antifascisme?», *Le Monde Diplomatique*, junio de 1994. Me parece significativo que los autores que enseñan el proceso del antifascismo, en tanto que producto del comunismo, terminan por ilustrar también el de la Resistencia, que habría sido «contaminada» por la participación de los comunistas. Sobre este punto ver el debate en curso en Italia.

²⁴ F. Furet, *Le passé d'une illusion...*, op. cit., p. 250.

primero en el sentido de que: «renonce à mettre dans le même sac bourgeois tout ce qui n'est pas communiste. Il consent à faire la différence entre la démocratie libérale et le fascisme, acceptant de défendre la première, au moins pour un temps, au coude à coude avec les partis bourgeois et la social-démocratie. Non qu'il renonce à ses couleurs, et moins encore qu'il abdique sa nature. Mais il a changé sa tactique, qui cesse d'être simplement déduite de sa doctrine, sans que ce changement implique l'impossibilité d'un retour à une interprétation plus rigide, dans d'autres circonstances».²⁵

Este segundo antifascismo, siempre según Furet, «n'est pas destiné à se substituer au premier à titre définitif, mais plutôt à meubler en alternance avec lui la stratégie stalinienne».²⁶ Los dos antifascismos nos remiten a dos análisis diferentes del fascismo, uno, como el producto casi natural del capitalismo, y el otro como «la dictature terroriste ouverte des éléments les plus réactionnaires, les plus chauvinistes et les plus impérialistes du capital financier».²⁷

Cuando habla de antifascismo comunista, Furet se refiere, generalmente, a la segunda variante, que es aquella que inspira la estrategia de los frentes populares. Al señalar las ambigüedades, indica que se trata de «un antifascisme à la fois libéral et antilibéral, défensif et conquérant, républicain et communiste»,²⁸ y que funciona en un «doble registro»: «d'une part, il est destiné à rassembler contre Hitler (et accessoirement, contre Mussolini) non seulement la gauche communiste et socialiste, mais aussi les démocrates, et même les patriotes, bref cette vaste et vague nébuleuse que le vocabulaire du Komintern nomme les "masses populaires"; de l'autre, il doit avoir pour centre l'unité de la classe ouvrière et pour guides les partis communistes. Car le fascisme n'est qu'une forme politique tardive du capitalisme: son extirpation définitive suppose que soit mis fin à la domination du capital. La tactique du rassemblement antifasciste fait donc partie à terme d'une stratégie révolutionnaire: on le verra bien après la guerre, dans les pays d'Europe centrale et orientale qui deviendront sous ce drapeau des «démocraties populaires». Mais elle comporte aussi une première époque défensive, consacrée à battre le fascisme avec l'aide de tous les démocrates».²⁹ En un segundo momento, este antifascismo comunista se presenta «à la fois comme idéologie relais du communisme et comme ciment de l'unité retrouvée de la gauche».³⁰

La distinción entre estos dos tipos de antifascismo comunista es pertinente y permite explicar, a partir de una aproximación que privilegia la dimensión ideológica, la lógica en zig-zag de una estrategia definida antes que nada en función de los intereses estatales: los de la URSS. El segundo tipo de antifascismo se convierte en un elemento central de la política comunista a escala internacional, cuando la amenaza que representa la Alemania hitleriana sobre la URSS se cierne de manera precisa. Por el contrario, ella quedará expuesta durante todo el período de vigencia del pacto germano-soviético,

²⁵ *Ibid.*, p. 251.

²⁶ *Ibid.*, p. 250 sg.

²⁷ Según la definición propuesta por Dimitrov en el Séptimo Congreso del Komintern en 1935. Los dos análisis del fascismo tienen, sin embargo, en común la idea de que el capitalismo alcanzaría su último y supremo estadio, más allá del cual sería incapaz de desarrollarse. El fascismo sería así la expresión de este capitalismo en agonía.

²⁸ F. Furet, *Le passé d'une illusion...*, op. cit., p. 281.

²⁹ *Ibid.*, p. 281.

³⁰ *Ibid.*, p. 282.

para ser de nuevo honrada después del ataque alemán contra la URSS. En cuanto a la ambigüedad en relación a la democracia, ella es innegable; en el discurso del Komintern de 1934-35 la adhesión en defensa de la democracia es una elección esencialmente táctica, ya que el objetivo final es la instauración de un sistema político y social de tipo soviético, donde el poder del partido comunista no se divide.

Sobre estos dos puntos el análisis de Furet es convincente. Su parte metodológica, que consiste en mirar al fenómeno exclusivamente a través del prisma ideológico, lo conduce a eliminar de su campo visual al movimiento histórico real y a la dimensión social/societal. Es poco convincente, sobre todo, cuando pretende reducir todo el antifascismo a un solo antifascismo comunista. En efecto, en el libro de Furet, prácticamente no hay interrogantes sobre otros antifascismos, como el de los socialistas³¹ o el de los anarquistas, que no sólo han existido, sino que han sido, en ciertos países o en ciertos momentos de la historia, mucho más importantes que el de los comunistas. En la España de 1936, por ejemplo, los comunistas no fueron más que un componente muy minoritario dentro del panorama de un antifascismo dominado por los anarquistas. Lo mismo que en la Austria anterior a 1934, donde el nudo central del antifascismo estaba representado por la social-democracia.³²

Pero sobre todo, y esto me parece esencial, la interpretación del historiador francés ignora el hecho de que «pendant les années trente, beaucoup plus que la politique d'un régime ou d'un parti, l'antifascisme était un ethos collectif, partagé par tous ceux qui avaient choisi de se battre contre les dictatures de Mussolini, Hitler et Franco».³³ El antifascismo es, en ese momento, una sensibilidad —que se traduce en toda una serie de prácticas militantes— que va más allá de los partidos comunistas y socialistas, lo mismo que del movimiento obrero en su conjunto, a pesar de que este último constituya el nudo central. La difusión de esta sensibilidad nos remite al contexto político de los años '30, marcado por la depresión económica, las crisis de las democracias y la llegada al poder de los fascismos, que empujaron inexorablemente a Europa a la guerra.

El contexto de los años '30 y la guerra civil internacional

Eric Hobsbawm escribe, a propósito de los años '30, que «la politique de l'Occident —de l'URSS jusqu'aux Amériques en passant par l'Europe— se comprend mieux comme une guerre civile idéologique à l'échelle internationale, plutôt qu'à travers l'affrontement des États. [...] Et, de fait, les lignes cruciales, dans cette guerre civile, ne passaient pas entre le capitalisme et la révolution sociale communiste, mais entre des familles

³¹ Ver, por ejemplo, G.-R. Horn. *European Socialists Respond to Fascism*, New York-Oxford, Oxford University Press, 1996; G. Vergnon. *Les gauches européennes après la victoire nazie*, París, L'Harmattan, 1994.

³² Austria es un caso particularmente interesante, ya que ella vio desarrollarse dos tipos de fascismos, uno inspirado en el modelo italiano (y financiado por la Italia fascista), y el otro en el modelo nazi (y financiado por la Alemania nazi), ferozmente enfrentados entre ellos. La social-democracia austríaca le dedicó mucha atención al fenómeno del fascismo y se esforzó activamente en combatirlo.

³³ E. Traverso. «Introduction. Le totalitarisme. Jalons pour l'histoire d'un débat», en E. Traverso (dir.), *Le totalitarisme. Le XX^e siècle, débat*, París, Seuil, 2000, pp. 46-47. Traverso continúa así: «En 1935, le Komintern ne fit que s'adapter à un virage qui s'était déjà amorcé, dans le mouvement ouvrier comme dans le monde intellectuel, dès 1933, après l'arrivée de Hitler au pouvoir» (*Ibid.*).

idéologiques: d'un côté les descendants des Lumières du XVIII^e siècle et des grandes révolutions, dont, à l'évidence, la Révolution russe; de l'autre, leurs adversaires. Bref, la frontière ne passait pas entre capitalisme et communisme, mais entre ce que le XIX^e siècle aurait appelé le «progrès» et la «réaction» -sauf que ces termes n'étaient plus tout à fait appropriés. C'était une guerre internationale, parce qu'elle posait fondamentalement les mêmes problèmes dans la plupart des pays occidentaux. C'était une guerre civile, parce que les lignes de partage entre forces pro et forces antifascistes divisaient chaque société». ³⁴

Es este contexto histórico el que explica por qué el antifascismo tuvo una importante repercusión después de 1933, incluso más allá de las filas comunistas, en medios absolutamente diferentes y en países que no estaban amenazados directamente por el expansionismo de la Alemania nazi.

«L'appel à l'unité antifasciste -dice Hobsbawm- était, à certains égards, susceptible de recevoir la réponse la plus immédiate, puisque le fascisme traitait comme des ennemis méritant également d'être détruits, à la fois les libéraux de diverses natures, les socialistes et les communistes, toutes les formes de régimes démocratiques et de type soviétique». ³⁵

No hay que olvidar que en esta "guerra civil internacional" se enfrentan tres actores: el comunismo, el fascismo y la democracia. La misma lógica de la situación empujaba a la alianza de dos de los actores contra el tercero. Desde este punto de vista, la alianza de las democracias occidentales con la URSS staliniana a partir de 1941 no tenía nada de "contra natural": era la única alternativa posible para impedir la victoria del nazismo a escala europea y mundial.

En los años '30, el antifascismo significaba antes que nada la movilización "contra el enemigo común". ³⁶ Los comunistas no fueron los únicos en darse cuenta de la necesidad de tal movilización. Un ejemplo entre varios es el de los numerosos militantes italianos exiliados en Francia, que sin estar bajo la esfera de la influencia comunista, en 1936 acudieron inmediatamente a España para defender a la República española contra el levantamiento nacionalista. Carlo Rosselli, fundador del movimiento antifascista *Giustizia e Libertà*, de inspiración liberal-socialista, es uno de los que organiza, mucho antes de la creación de las Brigadas internacionales, una colonia italiana que se bate contra las tropas franquistas. ³⁷ Para él, como para muchos otros, es claro que a lo que se le hace frente en España es internacional, y que no se trata simplemente de ayudar a la República española, sino de enfrentar también a Hitler y a Mussolini. Aquí tenemos un ejemplo, entre muchos otros, de la diversidad política del antifascismo, y también del hecho de que se trata de un movimiento real y no simplemente de una ideología. Así, Jacques Droz, recordando que «la réflexion antifasciste semble avoir été incapable de déterminer où s'arrêtait le fascisme et quelle était sa nature», señala que a pesar de ello el «antifascisme

³⁴ E. Hobsbawm, *L'Age des extrêmes. Histoire du court XX^e siècle*, Bruxelles, Éditions Complexe/Le Monde Diplomatique, 1999, p. 197.

³⁵ *Ibid.*, p. 201.

³⁶ Es así como Hobsbawm titula el capítulo 5 de su libro.

³⁷ Cf. *Giustizia e Libertà nella lotta antifascista e nella storia d'Italia*. Florencia, La Nuova Italia, 1978; A. Garosci, *Vita di Carlo Rosselli*, Florence, Vallecchi, 1974; cf. También el número especial «Carlo et Nello Rosselli. Antifascisme et démocratie», de la Revista *Matériaux pour l'histoire de notre temps*, n.º 57, enero-marzo 2000.

a pu constituer une force de résistance non négligeable. [...] l'exemple de l'Espagne a précisément montré que l'antifascisme était devenu une force internationale au même titre que le fascisme».³⁸

Los comunistas y el antifascismo

¿Se puede explicar, del lado comunista, el compromiso antifascista de muchos de sus militantes simplemente por la obediencia a la nueva línea política de Moscú? Durante largos años el discurso comunista no había encontrado más que un eco limitado cuando denunciaba, en nombre del antifascismo, a la social-democracia como principal enemigo. A partir de 1934-1935, se hizo más creíble y por lo tanto más eficaz: haciendo un llamado a la lucha contra el verdadero enemigo, el fascismo internacional, entró en conecordancia con los sentimientos, las creencias y la voluntad de resistencia de sectores cada vez más amplios. Es pues bajo el signo de este antifascismo que se forma una generación de militantes, y la cultura política va a ser definitivamente marcada por esta experiencia. El antifascismo se convierte claramente en un componente central de la cultura política comunista, y gracias a la política del frente popular, los seguidores del movimiento comunista crece considerablemente. Queremos insistir sobre un tema: que la cultura política comunista es una parte muy importante, pero sólo una parte, de una cultura política antifascista que toma forma a escala internacional en los años '30.

En los años '20, los comunistas de algunos países, en primer lugar los italianos, fueron los únicos que confrontaron de manera directa al fascismo. Si bien movimientos de tipo fascista hicieron su aparición en numerosos países al día siguiente de iniciada la guerra, sólo en Italia el fascismo fue el que llegó al poder. Este se convirtió en modelo de otros movimientos, incluido el nazismo alemán, y ejerció así una influencia considerable, pero su importancia a nivel internacional fue limitada. El antifascismo, en el sentido de una lucha de todos los días contra un fascismo realmente existente, fue un dato esencial sólo para los comunistas italianos. Miles debieron dejar sus trabajos y su país para refugiarse en el extranjero, la mayor parte de ellos en Francia. Con los otros exiliados políticos italianos, fueron los vectores del antifascismo en la sociedad francesa y en particular en el mundo obrero (ya que la mayor parte de estos refugiados eran trabajadores manuales). En Italia, devenir comunista significaba elegir entre luchar contra el fascismo o afrontar la perspectiva de la clandestinidad, la prisión o el exilio: era "una elección de vida"³⁹ que implicaba riesgos y sacrificios más importantes que aquellos que debieron afrontar los comunistas en las tan denigradas "democracias burguesas". Lo mismo cuando el Komintern se lanzó a la caza de un fascismo imaginario, el de una social-democracia denunciada como "social-fascista", los comunistas en Italia continuaban enfrentados a un fascismo más real, no a un fantasmal "social-fascismo": era más bien el fascismo de Mussolini, y no aquel, imaginario, de la social-democracia, el que se trataba de resistir. Es por esta razón que el antifascismo –en el sentido más concreto de resistencia al régimen fascista– fue la base misma de la cultura política de los comunistas italianos. Pero también fue igualmente importante para la de otros grupos y

³⁸ J. Droz, *Histoire de l'antifascisme en Europe 1923-1939*. París, La Découverte, 1985, p. 9.

³⁹ G. Amendola, *Una scelta di vita*. Milán, Rizzoli, 1976.

corrientes –socialistas republicanos, anarquistas, miembros de *Giustizia e Libertà*– que se esforzaron, aunque en forma minoritaria y aislada, de continuar la lucha contra la dictadura.

Para los comunistas que vivían en los países donde una amenaza fascista era inexistente o muy limitada, el antifascismo de los años '20 era, por lo esencial, otra manera de llamar a la lucha contra el capitalismo. Esto era, para unos, una realidad práctica y una experiencia de todos los días, para otros, simplemente uno de los elementos de un discurso anticapitalista más general, pero que no influía de manera determinante en la acción política cotidiana. Esta diferencia se ve mejor si se comparan los relatos autobiográficos de los comunistas italianos, donde la realidad del fascismo era un hecho omnipresente, con los de los comunistas de otros países, donde otros problemas adquirirían su importancia.

En el discurso comunista de fines de los años '20 y comienzos de los '30, todo aquello que no era comunista era asimilado al fascismo, y la confusión alcanzó su punto más alto cuando la social-democracia fue calificada de “social-fascista” y denunciada como el enemigo principal.⁴⁰ Este discurso “antifascista”, poco creíble, contribuyó a aislar a los comunistas y a restringir considerablemente su influencia. La situación cambió radicalmente en los años '30, ya que el aumento de poder y la llegada al poder del partido nazi hizo del fascismo un problema central de la escena política europea: lo que había sido un fenómeno esencialmente italiano, se había convertido en un fenómeno internacional y en una amenaza terriblemente cierta.⁴¹ Al Komintern le hizo falta tiempo para darse cuenta y modificar su política, aceptando al fin hacer la distinción entre fascismo y democracia y de reconocer en el primero al enemigo principal. Sin embargo, entre 1934-1935 y la firma del pacto germano-soviético en 1939, el tema del antifascismo –en la segunda variante señalada por Furet– devino plenamente central en la cultura política y el discurso de los comunistas, al mismo tiempo que encontraba un eco, como ya lo hemos indicado, más allá de sus filas. La guerra de España, en particular, fue percibida como un enfrentamiento entre fascismo y antifascismo a nivel internacional. Numerosos relatos autobiográficos muestran la importancia que adquiere en ese momento el compromiso antifascista para los comunistas en general, y no sólo, esta vez, para los comunistas italianos o alemanes. Por otro lado, también es posible medir su importancia constatando el desconcierto suscitado entre muchos de los comunistas por el pacto germano-soviético y la puesta entre paréntesis del antifascismo por parte del Komintern.⁴²

⁴⁰ Hago referencia al discurso del Komintern. Sin embargo, es necesario recordar, al lado del discurso oficial, que es el del comunismo staliniano, los discursos comunistas disidentes y minoritarios, en particular el de los trotskistas o incluso el de la oposición comunista «de derecha» (Brandler, Thalheimer) en Alemania. Sobre el tema del nazismo, y del peligro que representaba, los análisis resultantes de estos «heréticos» eran mucho más realistas y clarividentes que los del Komintern.

⁴¹ El antifascista italiano Carlo Rosselli, escribía en 1933: «Avec la victoire du national-socialisme en Allemagne le fascisme, qui fut considéré par la plupart comme un phénomène strictement italien, devient un fait européen. Ce qui sembla pendant beaucoup d'années une obsession des antifascistes italiens, c'est-à-dire la fascisation de l'Europe ou de ses éléments plus faibles, comme conséquence des intrigues mussoliniens et de la crise des différentes démocraties de gouvernement, s'est malheureusement avérée une dure réalité», C. Rosselli, «L'azione antifascista internazionale», en C. Rosselli, *Scritti dell'esilio. I «Giustizia e Libertà» e la Concentrazione antifascista (1929-1934)*, Turin, Einaudi, 1988, p. 244.

⁴² Furet nota que «la part prise à cette époque par l'antifascisme dans la culture communiste expose

Antifascismo y transformaciones sociales

El antifascismo no ha sido sólo un movimiento o una estrategia de defensa contra los fascismos, sino también la expresión de una voluntad de transformación social. Es por esto que también se ha convertido en un componente de la cultura política comunista. Esta exigencia de cambio social ha encontrado su principal portavoz en el movimiento obrero, que ha sido a la vez blanco principal de la violencia fascista y centro de resistencia al fascismo. No es extraño que la resistencia y la oposición al fascismo, sin llegar a convertirse en el patrimonio de una sola clase social, haya encontrado un eco más grande en el mundo obrero que en otros sectores de la sociedad. Pero la voluntad de las transformaciones sociales y políticas, de la que el antifascismo ha sido uno de sus vectores, no ha sido patrimonio exclusivo del movimiento obrero organizado (del cual los comunistas no fueron más que una parte): ella ha afectado a una gran parte de la sociedad. Se la ve, por ejemplo, en todos los movimientos de resistencia que se desarrollaron durante la segunda guerra mundial en los países europeos ocupados por la Alemania nazi. El antifascismo es un denominador común de estos movimientos, ya que su enemigo común estaba representado por los poderes fascistas. La ocupación nazi deslegitima políticamente a las antiguas élites políticas y sociales, ya que el poder a partir de ahora estará en manos del poder ocupante y la única alternativa era la colaboración o la resistencia. Ella tiene por consecuencia iniciar o profundizar la guerra civil al interior de cada país ocupado, al mismo tiempo que suscita una reacción de tipo patriótica. A su turno, la colaboración de una gran parte de las élites económicas y sociales con el ocupante nazi alimenta la voluntad de una transformación social radical.

Los movimientos de resistencia no se proponen solamente el simple regreso al *statu quo*, sino que encarnan la aspiración a una sociedad totalmente diferente, una aspiración que no es de ninguna manera patrimonio exclusivo de los comunistas. Es necesario recordar que tanto el régimen fascista como el régimen nazi funcionaban sobre la base de lo que Philippe Burrin ha llamado un "compromiso autoritario" con las fuerzas conservadoras y el conjunto de las élites sociales.⁴³

l'ensemble du mouvement à une certaine fragilité. Vienne un retournement dans la politique extérieure de l'URSS, et l'identité militante elle-même de ces catéchumènes du bolchevisme se trouvera mise en question: on le verra à l'automne 1939, quand seuls les appareils des partis communistes tiendront le coup dans la tempête déclenchée par le pacte germano-soviétique», F. Furet, *Le passé d'une illusion...*, op. cit., p. 265.

⁴³ «Les régimes fasciste et nazi durent leur naissance à la conclusion d'une alliance informelle avec les forces conservatrices. [...] l'appui des forces conservatrices ouvrit l'accès au pouvoir, permit la consolidation de la dictature et laissa sur leur évolution une hypothèque durable». P. Burrin, *Fascisme, nazisme, autoritarisme*. París, Seuil, 2000, p. 15. Burrin insiste sobre el hecho de que «au-delà des forces politiques conservatrices, l'ensemble des élites sociales apportèrent leur appui» (p. 16), y que el rol de las élites fue esencial. Describe así la base del compromiso autoritario: «Dans les deux pays [l'Allemagne et l'Italie], les forces conservatrices s'accordèrent avec les régimes sur un certain nombre d'orientations fondamentales: mise au pas de la contestation populaire et élimination du pluralisme démocratique, réaffirmation des principes de hiérarchie, d'ordre et d'autorité, quête de grandeur nationale. Les élites de l'État souhaitaient la restauration d'une autorité qui leur paraissait avoir été minée par l'interférence des partis. Le monde économique aspirait à l'élimination de la «politique» et au rétablissement de la discipline dans les entreprises. L'armée voyait dans la remise à l'honneur des armes et des valeurs martiales la perspective d'un enrégimentement sans entraves du peuple tout entier. Quant aux Églises, elles souhaitaient arrêter le mouvement de laïcisation de la société et entreprendre sa rechristianisation. Conclu sur la base d'un large recoupement d'intérêts et de valeurs, le compromis autoritaire apporta une contribution majeure à la stabilisation des régimes et à leur durée» (p. 17).

Al día siguiente de la derrota de la Alemania nazi y de sus aliados, hay aún en Europa occidental un gran consenso sobre la necesidad de un cambio político y social profundo, que los gobiernos de unidad antifascista, resultantes de la Resistencia, se esfuerzan por traducir en hechos a través de una serie de reformas que tienen por objetivo extender la ciudadanía política y social. Las elecciones que tuvieron lugar en los diferentes países en el otoño de 1945 y el verano de 1946 ven afirmarse los partidos que, en ese momento, encarnan la más alta exigencia de cambio, a saber los partidos socialistas, comunistas y demócratas-cristianos, que en muchos países obtienen alrededor de entre tres y tres cuartos de votos.⁴⁴ Como lo señala Geoff Eley, «más allá del simple retorno a la democracia, lo que se puso en marcha fue un proceso constituyente orgánico a escala europea, al interior del cual las instituciones parlamentarias y las libertades civiles fueron restablecidas, la ciudadanía se amplió con el sufragio femenino, el espíritu republicano se fortaleció, las relaciones entre estado y sociedad fueron redefinidas a partir de los fundamentos a lo largo del espacio europeo con la elección del *Welfare State*, los sistemas de tasación progresiva, la propiedad pública y la descentralización administrativa, y con la apertura (menos definida) hacia el federalismo y la cogestión obrera en la industria».⁴⁵

El antifascismo está estrechamente asociado a este proceso de cambio y va a ejercer una innegable influencia, incluso después que la naciente guerra fría haya provocado la ruptura de las coaliciones antifascistas. En efecto, «los lenguajes políticos de la postguerra continuaron haciendo referencia a la posibilidad de construir un futuro más radical: si tal posibilidad parecía haber fracasado concretamente en los años '50, no obstante cumplió una función de freno y limitación de las tendencias restauradoras del conservadurismo de la guerra fría».⁴⁶ En Italia, en particular, la referencia al antifascismo —como un gran evento político— sigue jugando un rol de movilización contra toda tentativa de retorno político y social.⁴⁷

Las contradicciones del antifascismo

El antifascismo ha tenido siempre muchas caras, no sólo diferentes, sino también contradictorias. En los años '30, una de esas caras fue incontestablemente el stalinismo, que impregnó toda la cultura comunista de la época. La trágica paradoja de ese tiempo fue que los años de más intensa movilización antifascista fueron igualmente aquellos

⁴⁴ 74,9% en las elecciones para la Asamblea Constituyente de octubre de 1945 en Francia, 74,6% en las elecciones para la Asamblea Constituyente de junio de 1946 en Italia, 86,8% en las elecciones de febrero de 1946 en Bélgica y 72% en las elecciones de mayo de 1946 en los Países Bajos. G. Eley. «Le eredità dell'antifascismo: la costruzione della democrazia nell'Europa del dopoguerra», en Franco De Felice (ed.) *Antifascismi e Resistenze*, Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1998, p. 465.

⁴⁵ G. Eley. «Le eredità dell'antifascismo...», art. cit., p. 466.

⁴⁶ *Ibid.*, p. 466.

⁴⁷ El ejemplo más significativo es probablemente el de la fuerte movilización popular, en junio-julio de 1960, contra el gobierno de centro-derecha de Fernando Tambroni, en el que la mayoría parlamentaria dependía del apoyo del partido neofascista. A pesar de una violenta represión de los manifestantes antifascistas, que provocó varias muertes entre los manifestantes, Tambroni tuvo que demisionar: cf. P. Ginsborg, *Storia d'Italia dal dopoguerra ad oggi. Società e politica 1943-1988*, Turin, Einaudi, 1989, pp. 346-349.

que marcaron el apogeo del terror en la URSS. Comprometido con la defensa de la democracia, el antifascismo apareció inextricablemente ligado al stalinismo. Muchas veces se ha señalado la ceguera del antifascismo frente al terror de la URSS y a los crímenes del stalinismo.⁴⁸

Esta constatación debe ser sin embargo matizada. Si esto es verdad para los comunistas, lo es menos para otras corrientes y sensibilidades de la nebulosa antifascista, o de las voces que se alzan para denunciar el sistema dictatorial staliniano: se las encuentra entre los anarquistas, los opositores comunistas, los socialistas (es suficiente pensar en los mencheviques en el exilio, o bien en Kautsky), los demócratas (por ejemplo Gaetano Salvemini) y los liberales. Una organización, por ejemplo, como la *Jewish Labor Committee*, creada en 1934 en Nueva York para reforzar la movilización antinazi y antifascista en el seno del mundo sindical y de los medios judíos americanos, ha llevado su combate sin hacerse la menor ilusión a propósito de la URSS y del terror staliniano. En el seno del antifascismo no comunista hubo una cierta ceguera, aunque también hubo quienes, en conocimiento de la situación en la URSS, decidieron callarse porque estimaban que la prioridad absoluta era la lucha contra el hitlerismo y que esta lucha estaba condenada al fracaso sin la participación de la URSS. Sin desconocer el cinismo y el oportunismo de la política exterior soviética, se puede suponer que el interés y la necesidad empujaban a la URSS a oponerse a la Alemania hitleriana y a jugar así un papel antifascista.

Después de 1945, la Europa occidental y la Europa controlada por la URSS conocieron dos evoluciones políticas completamente divergentes. De un lado, el antifascismo fue el elemento motor de una democratización política (el sufragio se convirtió en verdaderamente universal y se extendió a las mujeres) y sobre todo social de las sociedades occidentales, que contribuyó a extender considerablemente los espacios de la ciudadanía y a frenar las tentativas de restauración; en Europa central y oriental, por el contrario, fue utilizado por los partidos comunistas para legitimar su posición dominante y su monopolio de poder en los sistemas políticos y sociales que se alinearon rápidamente bajo el modelo staliniano impuesto por la URSS. En este grupo de países, devino, una vez expurgados todos los componentes no comunistas, la ideología de un poder no democrático. Sería, sin embargo, una equivocación, considerarlo un simple *instrumentum regni*. Es también, por ejemplo, el pilar de la identidad y de la cultura política de los comunistas alemanes quienes, con el apoyo de la armada soviética, recuperaron el poder en la parte oriental de Alemania, que se convierte en la RDA. El antifascismo —que significa, concretamente, la lucha contra el nazismo— ha sido la experiencia política fundamental por la cual pasaron, y en la cual se formaron políticamente, y que continúa estructurando su universo mental y su manera de pensar la política después de 1945. Remite a una realidad —la oposición al nazismo— si bien minoritaria, no menos que fuente real de legitimidad. Dicho de otra manera, el antifascismo no es sólo una máscara del nuevo poder comunista, sino que corresponde en parte a un pasado real.

Para que sirva como instrumento de legitimación de un poder dictatorial ha sido necesario despojar al antifascismo de sus contenidos de libertad para conservar exclusivamente la cara staliniana. Resulta de ello, pues, un antifascismo “revisado y corregi-

⁴⁸ Cf. entre otros E. Traverso, *Le totalitarisme...*, op. cit., pp. 48-49.

do” que es propuesto por los comunistas al poder como una nueva religión civil pretendiendo encarnar todo el antifascismo. Esta pretensión del poder comunista en ser el único antifascismo es tomado al pie de la letra por autores como Furet, Grunenberg o Knütter. Aunque no es menos sorprendente que ver a historiadores liberales o conservadores retomar por su cuenta, sin crítica alguna, partes enteras del discurso staliniano, por ejemplo la afirmación según la cual los comunistas serían los únicos y verdaderos antifascistas.

Bajo la instrumentalización del antifascismo por el poder comunista, el ejemplo de la URSS permite algunas indicaciones suplementarias. En este país que, más que cualquier otro, ha estado confrontado a una lucha sin cuartel contra el nazismo, la propaganda ha explotado fuertemente la memoria del antifascismo, pero teniendo cuidado de «depurarlo de sus contenidos democráticos y libertarios, considerados como una peligrosa ilusión –y a menudo lo eran– en ausencia de democracia y libertad como en los países de los soviets». ⁴⁹ La guerra contra la Alemania nazi ha sido, y continúa siendo, presentada como «la gran guerra patriótica» –tal es su denominación oficial hasta hoy en día–, en tanto que la dimensión de guerra antifascista pasó a un segundo plano: se oculta así «la ambigüedad de la victoria, para hacer olvidar cómo una guerra combatida en nombre de la libertad había podido esclavizar a los vencedores en una mayor esclavitud». ⁵⁰ La guerra contra la Alemania nazi ha sido, y continúa siendo, presentada como “la gran guerra patriótica” –tal es su denominación oficial hasta hoy en día–, en tanto que la dimensión de guerra antifascista pasó a un segundo plano: se oculta así «la ambigüedad de la victoria, para hacer *olvidar* cómo una guerra combatida en nombre de la libertad podía someter a los vencedores a una mayor esclavitud». ⁵¹

Conclusión

Cuando uno se pregunta sobre el lugar del antifascismo en la cultura política comunista, no se llega a una respuesta unívoca. Un lugar importante, sin duda, pero en el que la importancia ha cambiado considerablemente según los períodos, los países, las generaciones políticas. Para las generaciones de militantes comunistas que se formaron en los años '30, en particular en el Frente popular y la guerra en España, el antifascismo ha sido ciertamente la experiencia política central y el fundamento de su identidad. También ha sido importante para la generación que se formó en la Resistencia, ya que esta última revistió también el carácter de una lucha antifascista. Para las generaciones posteriores a 1945, ha jugado un rol, sin duda, más que nada indirecto, a través de una cierta tradición y de una memoria transmitida.

⁴⁹ Ya entre las dos guerras, los comunistas se consideraban y se proclamaban los únicos y verdaderos antifascistas. Este tópico del discurso comunista se encuentra en la historiografía conservadora y liberal reciente.

⁵⁰ M. Ferretti, «Nazismo, guerra e resistenza. Il revisionismo e il paradosso della memoria russa», en Enzo Collotti (ed.) *Fascismo e antifascismo. Rimozioni, revisioni, negazioni*, Roma-Bari, Laterza, 2000, p. 189.

⁵¹ M. Ferretti, «Nazismo, guerra e resituer...», art. cit., p. 185; ver también, M. Ferretti, «La mémoire refoulée. La Russie devant le passé stalinien», *Annales*, 50, n° 6, novembre-décembre 1995, pp. 1 237-1 257. (ahora también en Marc Ferro (dir.), *Nazisme et communisme. Deux régimes dans le siècle*, París, Hachette, 1999, pp. 250-271).

También es posible preguntarse, por ejemplo, si los comunistas de otros continentes han vivido los problemas de la misma manera que los comunistas europeos. ¿Qué podría significar, por ejemplo, la temática del antifascismo para los comunistas chinos? Para ello, serán necesarias otras investigaciones que permitan obtener respuestas, aunque sea una primera aproximación. Por mi parte, quisiera concluir con una reflexión sobre el problema de la democracia. En varias oportunidades, se ha recordado la actitud ambigua del antifascismo comunista a este respecto y la contradicción que tenía, en el discurso comunista de los años '30, entre la defensa de la democracia amenazada por el fascismo y la celebración de la URSS, donde el terror llegó a su apogeo. Creo que, a pesar de todas estas ambigüedades, el hecho de incorporar la defensa de la democracia a una nueva concepción de antifascismo a partir de 1934-1935, tuvo consecuencias muy importantes a largo plazo. Si se toma el ejemplo italiano, se podría decir que este antifascismo ha sido el caballo de Troya que ha permitido a la democracia conquistar el Partido Comunista italiano y acelerar su alejamiento de la matriz stalinista.

Esta "contaminación" democrática del comunismo italiano, que desembocó en el reconocimiento del pluralismo político no como etapa transitoria según la vía del soviétismo, sino como *conditio sine qua non* de toda vida democrática, ha sido posible por el hecho de que, en la experiencia italiana, el antifascismo significaba antes que nada la lucha por la libertad y la democracia. Es por esta razón que ha podido convertirse en el denominador común de la Resistencia italiana, a pesar de las divisiones políticas que existían entre sus diferentes componentes. En el caso italiano, el fascismo no era un concepto abstracto, sino una realidad concreta, claramente vivida: la del régimen mussoliniano. Luego de la Liberación, el fascismo sirvió como referencia negativa para definir, en positivo, el tipo de democracia que se quería construir. Es en este sentido que el "paradigma antifascista" constituye el fundamento de la Constitución italiana: sintetiza lo que, más allá de las divergencias políticas, es común al conjunto de las corrientes políticas que participaron en la Resistencia. Los comunistas han jugado plenamente este juego, y continuaron participando de los trabajos de redacción del nuevo texto constitucional incluso después del fin de la coalición antifascista y su expulsión del gobierno en 1947. La herencia democrática del antifascismo ha pues terminado por impregnar y "contaminar" profundamente un partido que había sido también marcado por el stalinismo como, por ejemplo el PCF, que soñaba también en superar la democracia "burguesa" para llegar a la democracia "auténtica", como la del tipo soviético.⁵²

En Italia, el antifascismo, con toda su diversidad, forma parte de la tradición democrática, en el que no se sabría expulsarlo más que bajo pretexto de que habría sido "contaminado" por el comunismo.⁵³ En cuanto al juicio hecho al antifascismo en general por

⁵² Incluso recientemente Norberto Bobbio recordaba que en Italia el problema de una oposición frontal a la democracia no concierne más que a los fascistas. N. Bobbio, R. De Felice, G.-E. Rusconi, **Italiani, amici nemici**. «Reset», Milán, 1996, p. 11; ver también la opinión de Bobbio sobre el libro-entrevista de R. De Felice, **Rosso e nero**, aparecido en **La Stampa** del 4 de septiembre de 1995 bajo el título «Revisionismo nella storia d'Italia», y que se encuentra también en **Italiani, amici nemici**, pp. 55-60.

⁵³ «Dans ces dernières années de révisionisme historique il m'arrive de constater à mon tout avec amertume que le refus de l'antifascisme au nom de l'anticommunisme a fini souvent par conduire à une forme d'équidistance que je considère abominable» escrito por N. Bobbio, **De senectute**. Turín, Einaudi, 1996, pp. 8-9.

una cierta corriente historiográfica, se puede concluir con esta reflexión de Enzo Traverso: "Oponer las virtudes de un liberalismo históricamente inocente y políticamente lúcido, verdadera antítesis de los totalitarismos, a un antifascismo por definición manipulado y ciego, no sería más que una ilusión retrospectiva, consistente en proyectar al período de entreguerras la solidez de las democracias liberales posteriores a 1945. Una de las condiciones de influencia del comunismo al seno del mundo intelectual, en un contexto marcado por la depresión económica y la subida de los fascismos, residía precisamente en la profunda crisis de las instituciones liberales, debilitadas, quebrantadas por la Primera Guerra Mundial, minadas por el empuje de los nacionalismos y, lo que es más, incapaces en el fondo de oponerse a los fascismos. ¿Si las dictaduras de Mussolini y de Hitler habían sido encendidas por el hundimiento del antiguo orden liberal, cómo identificarse en este último para combatir las?». ⁵⁴

⁵⁴ *Ibid.*, pp. 49-50.